

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

LIBROS

Conocimiento de China

Prácticamente, no hay semana sin libro sobre China. El gran país era desconocido por su lejanía —en los tiempos en que había lejanías en el mundo—, por su hermetismo, por la profundidad de su civilización, por la dificultad de viajar por él y, sin duda, por el deliberado bloqueo cultural y político de los países hegemónicos; comienza ahora a ser desconocido por la abundancia de testimonios contradictorios, por el choque de las pasiones favorables y adversas, sin que se hayan extinguido en los nuevos testigos ecos y resonancias de los antiguos prejuicios de misterio. Todo escritor, todo periodista que va a China, promete la objetividad. Generalmente cumple con su objetividad, que no suele coincidir con la del viajero inmediatamente anterior y posterior, en la cronología editorial.

Entre los últimos libros publicados en España, pueden destacarse dos. Uno es *China, después de la tormenta*, del alemán Klaus Mehnert (Editorial Grijalbo, Barcelona); el otro, *La larga marcha de Mao Tse-Tung*, del inglés Dick Wilson (Editorial Noguer, Barcelona). Klaus Mehnert es antiguo viajero de China, y la recorre de nuevo después de la revolución cultural. Su espíritu de observación es lo que se llama liberal y abierto; incluso, simpático, con esa especie de admiración en cuyo inconsciente late una sensación de superioridad reprimida, un eurocentrismo del que es difícil, siempre, liberarse. A pesar de ello, el acopio de

material informativo, los datos, la reproducción de conversaciones con personas de toda índole, el glosario final, dan su principal interés al libro. Claramente se ve que Mehnert no desearía un futuro chino para su país o para Europa, y que trata de comunicar a sus lectores ese rechazo, preocupación completamente inútil, porque, en el más radical de los casos, no es un chinismo lo que aguardaría a Europa, que tiene otros puntos de partida y otros contextos geográficos y económicos.

En *La larga marcha de Mao Tse-Tung*, del inglés Dick Wilson, se advierte un ejercicio de equilibrio semejante: la de que la admiración épica que le despierta la inmensa hazaña de Mao Tse-Tung y sus combatientes no pueda ser confundida con una concesión al comunismo. La larga marcha sería el fruto de: a) la acción personal de un hombre fuera de serie llamado Mao Tse-Tung; b) la predisposición innata del pueblo chino, su «carácter nacional», para una epopeya de este estilo; c) una acumulación de condiciones históricas, en forma de «casualidades» —o de «buena estrella»— que la hicieron posible. El fondo de ideología marxista o comunista que presidió la operación le parece al autor inoperante, e incluso aparece que ha podido ser un factor en contra. Este análisis no tiene sentido. No sólo el espíritu de la larga marcha estaba informado de una nueva manera de guerrear, deducida de unas enseñanzas del marxismo; no sólo estuvo continuamente dirigida por los comunistas, sino que a su vez engendró teorías y prácticas que se acumularon al comunismo, cuya experiencia de gobierno tenía entonces diecisiete años en el mundo. Ciertamente, una beataría de partido y propaganda, en China y en la literatura comunista, ha recubierto después de li-

teratura heroica el gran acontecimiento sin dejar ver sus fallos, sus tanteos, sus errores, sus dudas. Wilson trata de desmitificar la operación en ese sentido, pero tiene la suficiente honestidad como para mantener la realidad de los hechos. Sucede con este libro como con el anterior, y, quizá, en mayor medida en los dos extremos: que si el análisis personal no consigue desprenderse de las opiniones políticas y del euroamericanismo de su autor, el acopio de datos y las extensas citas de testigos y de historiadores del suceso son muy importantes. La idea de que es un acontecimiento militar sin precedentes en la historia está presente en todo el libro. ■ J. A.

El anarcosirismo vital de e. e. cummings

Se le conocía como el «enfant terrible» de la moderna poesía norteamericana, y en verdad lo fue. Su anticonformismo comenzaba por el pronombre personal inglés de primera persona: donde todo el mundo escribía «I» con mayúscula, él ponía «i», sencillamente. Se le puede acusar de cualquier cosa, jamás de falta de originalidad.

e. e. cummings (con minúsculas, señor linotipista) nació en Cambridge (Massachusetts) en 1894 y falleció en 1962, en el vecino Estado de New Hampshire. Entre ambas fechas escribió doce volúmenes de poesía, un ballet («Tom»), basado en la popular novela de Beecher Stowe; un drama expresionista («Him»), una novela autobiográfica («The Enormous Room»), un drama satírico («Anthropos»), un diario del viaje que hizo a la Unión Soviética («Eimi»), además de realizar varias exposiciones de pintura, su segunda afición. A lo largo de toda su

obra poética, cummings mantuvo, con muy pequeñas variaciones (una mayor carga religiosa y un más depurado virtuosismo técnico conforme avanzaba en edad), el mismo tono de rebeldía y apasionado individualismo de sus primeros poemas. No hay en la obra de cummings unos «cantos de inocencia» seguidos de unos «cantos de experiencia», un camino como el que va, en Eliot, desde «Prufrock» hasta los «Cuatro Cuartetos».

cummings fue una especie de eterno adolescente, y, con esos saltos de humor propios de la adolescencia, puede mostrarse en un mismo poema irónico, tierno, sentimental, amargo, generoso, sarcástico, pero siempre ferozmente individualista. Su filosofía corre a veces el riesgo de pecar de simplista, pero siempre acude a su rescate la intensidad lírica de las imágenes y la destreza formal del poeta.

Jamás se cansó cummings de profesar su fe en la vida («la poesía es una cuestión de estar vivos»), en el amor (cummings será recordado siempre como uno de los más grandes poetas eróticos de este siglo), a la vez que su desprejo del materialismo y el intelectualismo de la época («jamás podrán todas las supuraciones de la mente/igualar a una sola violeta»).

Sin embargo, la auténtica originalidad de cummings radica en su tratamiento del material lingüístico. cummings desintegra frases y palabras en sus distintos elementos, que luego recombina de manera totalmente original, creando nuevas asociaciones cargadas de significado. Para tan hábil alquimista del lenguaje ninguna parte de la oración es inmutable: los sustantivos pueden trasmutarse en verbos; los pronombres, en adjetivos; en sustantivos, los adverbios. Claro que a ello contribuye la especial flexibilidad morfológica del inglés.

La aparente anarquía formal del estilo de cummings, que le lleva, por ejemplo, a insertar toda una frase, un inciso, entre las dos mitades en que ha partido una palabra, obedece en realidad a un afán de alcanzar la máxima expresividad. cummings recuerda en este sentido a los pintores cubistas, que descomponen la figura en sus distintos planos para captar

bién poeta y autor de la versión española de una recopilación de poemas de cummings (1), así lo reconoce en su prólogo. Y es, en efecto, una lástima que Canales no haya estado a la altura de su cometido. Sobre todo cuando contaba con una versión italiana tan excelente y esclarecedora (para el que conozca esa lengua, claro está) como la de Mary de Rachewiltz, en



más fielmente la realidad profunda del modelo.

Este procedimiento exige un constante esfuerzo de atención, una participación total por parte del lector, que no puede dejarse arrullar, como en el caso de otros poetas, por un fácil lirismo. Incluso cuando, como ocurre a menudo, se vale de las formas métricas tradicionales, cummings sabe mostrarse tremendamente original.

El poeta recurre continuamente al sarcasmo, a la ironía, a la paradoja, a los juegos de palabras, al lenguaje coloquial, a la jerga técnica, sazónándolo todo, eso sí, con una buena dosis de su particular hiperlirismo.

Por todo ello es e. e. cummings un poeta de difícil traducción. Alfonso Canales, tam-

la que él dice haberse inspirado en ocasiones.

Citaré íntegro uno de los poemas del libro y la correspondiente versión castellana como botón de muestra del hacer de cummings y del paralelo deshacer de su traductor: *plato told/him; he couldn't/believe it (jesús/told him; he/wouldn't believe it) lao/tse/certainly told/him, and general/(yes/mam)/s h e r m a n; /and even/(believe it/or/not) you/told him: i told him/(he didn't believe it, no/sir)it took/a nipponized bit off/the old sixth/avenue/el; in the top of his head: to tell/him. Versión de Canales: *platon ya lo/dijo: no podía creérsele (jesús/ya lo dijo; no quería creérsele/le)lao/tse/c i e r**

(1) e. e. cummings, *Poemas*. Segunda edición. Colección Visor. Alberto Corazón Editor.